

ENCAMINO

Segundo domingo del tiempo ordinario, ciclo "C".

Por, Neptalí Díaz Villán CSsR.

Fiesta de bodas

- Primera lectura: Is 62,1-5: Te llamarás "Preferida" y "Esposa".
- Salmo Responsorial: 96(95): Canten al Señor un cántico nuevo.
- Segunda lectura: 1Cor 12,4-11: Hay diversidad de carismas, pero un solo Espíritu.
- Evangelio: Jn 2,1-11: Invitaron a Jesús y a sus discípulos al banquete de bodas.

Escribió Juan Arias en su famoso libro *El dios en quien no creo*: *"No creo y nunca creeré en el Dios que ponga luz roja a las alegrías humanas... en el Dios que no acepte una silla en nuestras fiestas humanas... en el Dios que para hacernos felices nos ofreciera una felicidad divorciada de nuestra naturaleza humana..."*

Hago referencia a las palabras de este periodista y escritor español porque muchas veces nos han presentado a un dios que gusta más de la amargura de los frustrados que de la sonrisa de los felices. Muchas veces, cuando se habla de las cosas de Dios, se hace referencia a rezos, templos, cofradías y archicofradías, procesiones, peregrinaciones, etc., que, sin demeritarlas, no podemos decir que sean la única forma de unirnos a Él.

La teología tradicional nos enseñó a diferenciar entre las "cosas del mundo" y "las cosas de Dios", con una interpretación muy errada del concepto "mundo" en el Nuevo Testamento. La alegría, el baile, la música "profana" (así se solía llamar a las canciones con un ritmo alegre y con una letra que no hablara de Dios), la economía, la sociedad, la producción y el trabajo en general, eran consideradas como las cosas del mundo. Todo lo que tuviera relación con el templo y con las actividades litúrgicas de la Iglesia eran consideradas, como las cosas de Dios. De esta manera había historia sagrada e historia profana, música sacra y música profana, personas consagradas (monjes, monjas, sacerdotes, obispos, papa) y personas del mundo (el resto de los mortales); lugares sagrados (templo, capilla, oratorio, convento) y lugares profanos (calle, plaza, casas, y el resto de lugares).

Hoy el Evangelio nos presenta a Jesús, no precisamente en el templo sino en una fiesta. Tomando asiento en una de nuestras fiestas humanas más significativas: las bodas. Es bueno aclarar que este evangelio es una creación literaria de la comunidad del Discípulo Amado que pretende mostrar, no tanto un momento fortuito de la vida de Jesús sino su manera de vivir ante Dios y ante los seres humanos.

No creo que Jesús haya sido un invitado aguafiestas que se sentara, verde de la envidia, en un rincón de la casa a criticar a todo el mundo para esconder su propia frustración. A criticar a la música por mundana; al baile, por estrambótico; y a las fiestas, en general, por ser caldo de cultivo para el pecado. Creo, más bien, que participó con plena libertad de la música, del baile, de la comida y de los cuentos que, por cierto, le gustaban bastante, según lo muestran los evangelios. Por algo los mojigatos y puritanos de la época lo acusaron de ser comilón y bebedor, amigo de

publicanos y pecadores (Lc 7,34). Alguna razón tenía Henry Mencken cuando dijo que *“el puritanismo es ese molesto temor de que alguien en alguna parte sea feliz”*.

¿María, Jesús y sus discípulos en las bodas de Caná estaban en las cosas de Dios o en las cosas del mundo? Ese tipo de diferenciación no cabe aquí. Jesús nos revela su obra salvadora en la vida cotidiana, en el día a día y en todo lo que compete a los humanos. Nada de lo humano le fue indiferente. Por su medio Dios se revela en medio de las cosas humanas; se hizo carne y puso su tienda entre nosotros.

El agua y las tinajas que los judíos utilizaban para los ritos de purificación representan la religiosidad judía basada en el estricto cumplimiento de la ley religiosa, en la práctica de los ritos de purificación y en la exagerada insistencia entre lo puro y lo impuro, lo sacro y lo profano, el justo (cumplidor de la ley) y el pecador. Esa era una religiosidad fría y aburrida que mostraba a un Dios lejano y carente de humanidad, imagen y semejanza de los líderes religiosos judíos de su tiempo. Jesús mandó llenar de agua las tinajas de piedra, las bendijo y las convirtió en un generoso vino para festejar la Nueva Alianza con Dios. Esa es la propuesta de Jesús. Una vida religiosa alegre, plenamente humana, capaz de compartir todas las realidades humanas con libertad y sin el miedo infundado de caer en pecado por reírse o saltar de gozo.

El texto termina con estas palabras: *“Ésta fue la primera obra reveladora de Jesús. Con ella manifestó su gloria en Caná de Galilea, y sus discípulos creyeron en él.”* La obra reveladora de Jesús es la nueva propuesta para vivir ante Dios y ante los seres humanos, como en un banquete de bodas. Con la misma alegría, ilusión, amor y entrega de los esposos.

Con esa primera obra reveladora manifestó su íntima relación con Dios: su gloria. Mostró que la gloria de Dios es la felicidad del ser humano. Que Dios se gloría no tanto con los ritos de purificación y toda la parafernalia religiosa judía, sino con una humanidad alegre, festiva y sonriente. Esa es la misma temática que maneja Isaías en la primera lectura cuando anuncia el desposorio del Dios con su pueblo: *“La alegría que encuentra un marido con su esposa, la encontrará tu Dios contigo”*.

El objetivo de los autores del Evangelio de Juan fue que sus lectores creyeran en Jesús. Creer en Jesús no es la aceptación de los dogmas desde la razón, sino el camino con Él hasta conocerlo y aceptarlo como Mesías y Salvador. Cuando los discípulos caminaron con Jesús, conocieron su obra y vieron la gloria de Dios en Él, entonces le creyeron. Se convencieron de que ese era el camino para la salvación y que Él era enviado y el ungido de Dios.

¿Somos de verdad discípulos de Jesús? ¿En nuestro camino con Él hemos visto su gloria? ¿Realmente creemos en Él? ¿Vemos hoy la obra reveladora de Dios en nuestra vida? ¿Es nuestra vida religiosa y nuestra vida en general, un encuentro gozoso con Dios y con los hermanos? ¿Compartimos con los demás un generoso vino que alegra el corazón y hace amorosos a los seres humanos o repartimos el vinagre de nuestra propia amargura y amargamos la vida de los demás? ¿Nos acercamos a los demás cuando se les acaba el vino, y tratamos de acompañarlos hasta que vean transformada el agua en vino, como lo hizo María? ¿Nuestras celebraciones son encuentros gozosos con Dios y con los hermanos? ¿Imaginamos a María como una mujer solitaria y ensimismada en sus

oraciones o creemos que se integró libremente a la alegría de la boda, como lo hizo Jesús?

Oración

Señor Jesús, hermano, amigo y salvador nuestro. Te damos gracias por tu grandeza humana manifestada en la cotidianidad de la vida. Tú hiciste con grandeza las cosas pequeñas de cada día. Te integraste con sabiduría y amor en todas las realidades humanas y allí revelaste el amor del Padre que se gloria en nuestra felicidad. Tú llevaste una vida totalmente limpia ante Dios y compartiste con entera libertad con todos los seres humanos. Ayúdanos a vivir siempre libres para amar, a compartir fraternalmente con nuestros hermanos y a vivir con intensidad y alegría nuestra vida.

No permitas, Jesús, que nuestras celebraciones litúrgicas se tornen frías y alejadas de la realidad. Que cada encuentro litúrgico sea una fiesta gozosa en la cual manifestamos y renovamos nuestra fe, nos comprometemos contigo y tomamos fuerzas para seguirte con sinceridad y alegría. Amén.